

»zos, la organizacion de la Iglesia católica  
»alemana, conforme á la ley fundamental del  
»imperio, no habia podido pasar mas tiempo  
»sin escogerse un cooperador al cual no le  
»faltasen ni las fuerzas del ánimo ni del cuer-  
»po, ni la consideracion personal, y que no  
»habia creído poder fijar su atencion en nadie  
»mejor que en S. Emma. el cardenal Fesch,  
»que gozaba de un poderoso apoyo, y cuyos  
»antepasados se habian distinguido en los si-  
»glos XV y XVI (1).» Su alteza Emma. aña-  
»dia que habia pedido al Papa este prelado  
»por coadjutor y sucesor, y que tambien se lo  
»habia prevenido á S. M. imperial como á jefe  
»supremo del imperio en la plena confianza de  
»que daria su aprobacion á una medida jus-  
»tificada por las circunstancias. Napoleon in-  
»formó de este suceso al senado. «El archi-  
»canciller del imperio de Alemania, elec-  
»tor de Ratisbona y primado de Germa-  
»nia, dijo Napoleon por medio de un men-  
»saje al senado, nos ha hecho saber que in-  
»tentaba nombrarse un coadjutor, y que de  
»acuerdo con sus ministros y con los principales  
»individuos de su cabildo habia pensado que  
»convenia para el bien de la Religion y del im-  
»perio germánico que nombrase para este  
»puesto á nuestro tio y primo el cardenal  
»Fesch, nuestro gran limosnero y arzobispo  
»de Lyon, y Nos hemos aceptado dicho  
»nombramiento en nombre del referido car-  
»denal. Si esta determinacion del elector ar-  
»chi-canciller del imperio germánico es útil  
»Alemania, no es menos conforme á la  
»Iglesia del otro lado del Rin. Siempre que se  
»trató de este desgraciado pais, lo que se con-  
»sultó fué el interés de la política; nunca el in-  
»terés de la Religion, con desprecio de las so-  
»licitaciones de la Santa Sede y de los esfuer-  
»zos de su representante. Esto fué causa de que  
»el desorden y la confusion fueran en aumento.  
»Las guerras que desgarraron la Germania, la  
»disolucion del imperio de Alemania, el ha-  
»berse formado la Confederacion del Rin, y la  
»profunda apatia de los principes fueron apla-  
»zando indefinidamente el arreglo de los asun-  
»tos eclesiásticos. ¿Qué resultó de esto? Que  
»muchas diócesis carecieron no solo de obispo,  
»sino hasta de forma de gobierno (1). La dis-  
»persion de los cabildos introdujo la anarquía  
»en las sedes vacantes. Asi es que la diócesis  
»de Colonia no tenia ni obispo, ni administra-  
»cion que le reemplazase. Las Sedes de Frey-  
»singen, de Pasaw, de Wurtzburgo y de  
»Bamberg estaban vacantes. Los principes no  
»permitieron á los obispos que residian fuera  
»de sus Estados ejercer en ellas su jurisdic-  
»cion. Invadieron las fundaciones, dejaron las  
»parroquias sin pastores, metiéronse á arreglar  
»los asuntos de la Iglesia, y se atribuyeron  
»una supremacia general sobre las cosas que  
»menos eran de su competencia. La ruina de  
»lo temporal causó la ruina de lo espiritual, y  
»los protestantes derribaron todos los estable-  
»cimientos eclesiásticos, uno en pos de otro.  
»Semejante estado de esclavitud y de turbu-  
»lencias fué empeorándose los años siguien-  
»tes por las guerras, por las sucesivas in-  
»vasiones, y por la muerte de los obispos;  
»de manera que la Iglesia de Alemania se ha-  
»llaba en la situacion mas deplorable. Anibal  
»Della Genga, despues de inútiles tentativas  
»para dar un feliz término á todos estos males,  
»gadol á los estragos de la guerra, y á la siempre  
»creciente y á la indiferencia de los go-  
»biernos.

(1) Jauffrat, Mem. hist. sobre los asuntos ecles.  
de Francia en los primeros años del siglo XIX, t. 2,  
p. 125-126.

(1) Mem. para servir á la Hist. Eccl. del si-  
glo XVIII, t. 3, p. 443-444.

En 22 de marzo hubo en Paris un segun-  
do consistorio á fin de proveer de preladatos  
varias iglesias vacantes.

Pero Roma deseaba volver á ver á su so-  
berano: «Ya se han acabado las ceremonias,  
»decian: vuélvannos nuestro príncipe! Nues-  
»tros negocios languidecan: vuestras discu-  
»siones no pueden tardar en terminarse: que-  
»reis tener entre vosotros al Pontífice y no  
»quereis satisfacer sus peticiones. Que vuelva!  
»Roma le quiere y reclama á su vez (1).»

No debia ser concedida á Pio VII la li-  
cencia de volverse á presentar en sus Estados  
hasta haber resistido á la peticion mas amarga  
que podia oír de la boca de un francés (2).  
Nunca quiso decir el Papa quién fué el alto  
funcionario que un dia le habló de habitar en  
Aviñon, de aceptar un palacio pontificio en el  
arzobispado de Paris, y dejar que se estable-  
ciera como en Constantinopla un barrio privi-  
legiado, donde el cuerpo diplomático acredita-  
do cerca de la autoridad pontificia tendria el  
derecho esclusivo de residir: las primeras pa-  
labras insinuadas, mas bien que dichas direc-  
tamente, repetidas luego á los familiares del  
Pontífice y á los franceses amigos de la Santa  
Sede hicieron suponer que se trataba de no  
dejar salir de Francia al Papa. Estas funestas  
palabras no llegaron á ser pronunciadas por Na-  
poleon; mas era tal la influencia que este ejer-  
cia en Paris sobre el pensamiento y la palabra,  
que no es posible creer que se hubiesen aven-  
turado sin su autorizacion. Repetíanlas ya con  
tal seguridad, que Pio VII creyó deber con-  
testar á ellas delante del mismo alto funciona-  
rio: «Ha circulado el rumor, dijo Su Santidad,  
»de que se podria detenernos en Francia:  
»pues bien! quitesenos lo que nos conviene  
»antes de salir de Roma hemos fir-

mado una abdicacion en regla y valdadera en  
el acaso de que llegáramos á vernos en alguna  
prision. Este documento está fuera del alcance  
del poder de los franceses: el cardenal Pig-  
natelli es su depositario en Palermo, y asi  
que se le comuniquen los proyectos que se  
meditan, no os quedará ya entre las manos  
mas que un miserable monge que se llamará  
Bernabé Chiamonti.» Aquella misma noche  
se presentaron al despacho del emperador las  
órdenes de marcha, y ya no se esperó mas  
que el momento oportuno de la estacion y del  
tiempo necesario para disponer los relevos con  
mas inteligencia de lo que se habia hecho á la  
venida del Papa. Finalmente, Pio VII salió de  
Paris el 4 de abril de 1805, y Napoleon ha-  
bia salido antes que él para hacerse coronar  
en Milan rey de Italia. ¿No amenazaba este  
paso en su existencia á la soberanía temporal  
de la Santa Sede?

El Romano Pontífice no habia venido á la  
capital de Francia sino con la esperanza de  
procurar á la Religion alguno de aquellos sin-  
gulares beneficios que se le habian mostrado  
en perspectiva; pero Bonaparte no concedió  
sino todo lo menos que pudo á sus instan-  
cias. Asignáronse algunos fondos mas al clero:  
las misiones extranjeras, los sacerdotes de San  
Lázaro (Paules), las Hermanas de la Cari-  
dad, etc., pudieron volver á seguir su voca-  
cion sublime, derramando beneficios en el in-  
terior de Francia y al otro lado de los mares;  
pero todas las demas esperanzas que se habian  
hecho brillar á los ojos del primer Gefe de la  
Iglesia se desvanecieron, desde que Pio Pon-  
tífice, se hubiera avergonzado de aceptar ob-  
sequios para su familia; á su ejemplo los car-  
denales rehusaron una pensión que Bonaparte  
les ofrecia.

El entusiasmo religioso de los pueblos acom-  
pañó á Pio VII en su regreso, así como le ha-

(1) Hist. del Papa Pio VII, t. 1, p. 518-519.  
(2) Ibid., t. 2, p. 45-46.



bia saludado á su venida, y nunca pudo contar sin profunda emoci3n una escena llena de inter3s que le acaeci3 en Chalon-sur-Saone. «Ibamos á salir, contaba el Pontifice al caballero Artaud (1), de una casa que habiamos habitado algunos dias: nos dirigiamos á Lyon; pero no era posible atravesar por entre la multitud que nos estaba esperando: mas de dos mil personas de todas edades y sexos nos separaban del coche, que de ningun modo habia podido avanzar mas. Dos dragones (gendarmes á caballo), encargados de escoltarnos, nos condujeron á pi3 hasta nuestro carruaje, haci3ndonos marchar entre sus dos caballos bien unidos. Los dragones parecian estar satisfechos de su maniobra y se mostraban orgullosos de haber tenido mas invencion que el pueblo. Cuando llegamos al carruaje medio sofocados, ibamos á lanzarnos dentro empleando la mayor precauci3n y destreza posible, pues era aquella situaci3n como nna batalla en la que habia que usar de estrategia, cuando una j3ven, que tuvo por cierto mas ingenio que Nos y que los dos dragones, se desliz3 por entre las piernas de los caballos, se apoder3 de nuestro pi3 para besarlo, y no queria soltarle, á fin de que su madre, que venia por el mismo camino, lo besase tambien. Vi3ndonos á punto de perder el equilibrio, nos apoyamos con ambas manos en uno de los dragones, precisamente en el que tenia la cara m3nos santa, dici3ndole: *Signor dragone*, tened piedad de Nos. «Aquí que el buen soldado (y fuese usted situaci3n, se esforz3 por remediar nuestra manos, y nos las estuvo besando repetidas veces. De manera que entre la j3ven y el dragon estuvimos como suspendidos un buen rato, rogando nos de jaser, y derra-

(1) Mr. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 57-58.

mando lágrimas de ternura. ¡Ah! ¡qué contentos hemos quedado de vuestro pueblo!»

En Lyon, cuyo arzobispo no perdon3 molestias ni gastos para que el Pontifice estuviera con placer en la segunda ciudad de Francia, Pio VII volvi3 á abrir con toda solemnidad el templo de Nuestra Se3ora de Fourvieres, tan famoso por la devoci3n de los pueblos.

En Florencia, donde fu3 otra vez recibido por la piadosa reina de Etruria, tuvo el consuelo de consumir la conversi3n de Ricci, antiguo obispo de Pistoja. Este artifice de turbulencias, cuyos esfuerzos cismáticos trastornaron la Toscana, habia abierto su corazon al arrepentimiento. Desde 4.º de agosto de 1799 el arzobispo de Florencia habia conseguido que firmara una f3rmula de retractaci3n que fu3 remitida á Pio VI durante su cautividad en Valence y luego á Pio VII así que se tuvo noticia de su exaltaci3n. Crey3se que aquella f3rmula no era suficiente. Mas cuando Pio VII pas3 por Florencia al ir á Paris, Ricci manifest3 deseos de reconciliarse perfectamente con la Santa Sede, y habi3ndose avistado con el prelado Fenania, al regreso del Papa, firm3 el 9 de mayo de 1805 una f3rmula de adhesi3n completa tanto á las bulas contra Bayo, Quesnel y Jansenio, como á la de *Auctorem fidei* dada contra su sinodo, declarando que queria permanecer sumiso y obediente al Romano Pontifice. Pio VII le recib3 con bondad y le abraz3, y Ricci le escribi3 nuevamente á Roma ratificando lo que habia hecho en Florencia. Debe creerse que persever3 en estas disposiciones hasta su muerte, acaecida en 27 de enero de 1810. Sin embargo, Botta (1) pone ciertos pormenores de su sinceridad de su declaraci3n, y sacados de una Memoria dejada por el obispo de Pistoja (2), tienden á hacer pensar que

(1) *Stor. d'Ital.* lib. 22.

(2) *Cr3nica religiosa*, t. 4, p. 248.

Ricci no firm3 el 9 de mayo de 1805 la f3rmula de retractaci3n mas que por complacencia y sin variar de sentir. Mas ¿qué idea podria formarse de este prelado, si despues de haber dicho que recibia la bula *Auctorem fidei*, que condenaba todas las proposiciones reprobadas por esta bula y que deseaba remediar el escándalo dado, hubiera permanecido adherido á unos errores, que al parecer habia tan formalmente abandonado? Por lo demás, el dominico Bardacci ha refutado esta su posici3n deshonrosa para la memoria de Ricci (1).

Toda la guardia noble sali3 á recibir á Pio VII hasta las fronteras de la Toscana. En 16 de mayo hizo su entrada en Roma en medio de un inmenso gentio que se agolpaba á su paso (2). Todas las campanas de la ciudad y la artillería del castillo de Sant-Angelo anunciaron su llegada. El camino por donde habia de pasar acababa de ser recompuesto, enarenado y cubierto de follage y de flores. El puente Molle, que en parte habia sido destruido por las últimas inundaciones del Tiber, acababa tambien de ser recompuesto: al trav3s de la torre cuadrada que oculta la entrada del puente se habia levantado un arco de triunfo, y Pio VII fu3 la primera persona que pas3 por él. Aunque la reparaci3n del puente y los trabajos de la puerta nueva no habian podido ser enteramente acabados, pudo ver el Pontifice en los preparativos que se habian hecho para hacer mas solemne su entrada, cuánta solicitud habian empleado para recibirle. En toda la carrera fu3 derramando bendiciones con un aire de emoci3n, que indicaba lo muy afectado que se hallaba.

Entretanto los que habian salido á recibirle

(1) *Observac. sobre un art.*, etc.—*Biogr. univ.* art. Ricci.

(2) Cohen, *Compendio hist3rico sobre Pio VII*, p. 126-131.

hasta mas allá del Puente-Molle se apresuraban á volver por el camino mas corto á la plaza de la Basílica de San Pedro, para encontrarle otra vez á su paso y gozar por segunda vez de su deseada presencia. Por todas partes no se oían mas que aclamaciones, ni se veían mas que se3ales de ternura.

Al entrar el Papa en San Pedro, el cardenal de York, arcipreste de San Pedro, del Sacro Colegio y de todo el clero. El Papa se hallaba ya en la capital del mundo cristiano: el altar de San Pedro era el término de su viaje, y allí se postr3 de rodillas para dar gracias á Dios. La música ejecut3 un *Te Deum* y se di3 solemnemente la bendici3n del Santísimo Sacramento al pueblo que de todos los ángulos de la ciudad se habia agolpado sobre la plaza y dentro de la iglesia de San Pedro. Terminada la bendici3n, el Pontifice se volvi3 á aproximar al altar para hacer su última oraci3n antes de salir de la iglesia (1). Parece que al estar de rodillas sintió que se apoderaba de su alma como una especie de éxtasis. La idea de hallarse en el principal templo de su capital á los ciento ochenta y cinco dias despues de su tan dolorosa partida; el recuerdo de los peligros que habia corrido, ó que por lo menos él creia haber podido correr durante un tránsito tan largo, le preocuparon de tal manera que permaneci3 como inm3vil al pie del altar. Este éxtasis se prolongaba: el templo, en el que habia entrado al caer del dia y que nadie habia pensado en iluminar para una ceremonia nocturna, empezaba á oscurecerse. Mas de treinta mil personas indecisas en medio del silencio y de la aproximaci3n de la oscuridad, no sabian á qué atribuir la causa de aquel suceso. El cardenal Consalvi se levant3, se acerc3 dulcemente al

(1) M. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 55-56.





Pontífice, le tocó ligeramente en el brazo y le preguntó si sentía alguna indisposición. El Papa estrechó la mano del cardenal, le dió las gracias, y le explicó que aquella oración tan prolongada no era mas que un efecto de alegría y de felicidad. En seguida salió para ir al palacio de Monte-Cavallo donde residía.

A la primera hora de la noche toda la Basílica de San Pedro fué iluminada súbitamente. Una hora despues se encendió en el castillo de San Angelo el fuego artificial conocido con el nombre de la *Girandola*, en seguida hubo *recevimiento* en los salones del senador de Roma que habitaba en el Capitolio. Consiste este *recevimiento* en la reunion de las familias mas distinguidas de Roma, y se verifica en los mismos salones del Museo del Capitolio y en medio de las obras maestras de todo género que se hallan reunidas en aquel punto. Roma goza todos los años en la festividad de San Pedro del espectáculo que acabamos de describir; pero en este caso es el gobierno el que lo costea, y esta vez fué una fiesta que la nobleza romana daba á su soberano, habiendo pedido anticipadamente el favor de hacer ella todos los gastos.

Así se terminó el viaje tan alabado por unos, tan criticado por otros, y que en verdad no mereció ni tales elogios, ni tales censuras. El Pontífice no se determinó á hacerlo sino por los motivos mas puros y virtuosos. Si se hubiera negado obstinadamente á los deseos de un hombre que entonces todo lo podia, no habria hecho mas que acelerar los males que posteriormente cayeron sobre él y sobre la Iglesia, males que él se proponia precaver. Acaso, lastimando el orgullo de un inflexible déspota, hubiera ocasionado desgracias de que la Francia estaria gimiendo aun en estos momentos. Su condescendencia produjo por el contrario el efecto de estrechar los lazos entre los católicos y el Gefe de la Iglesia, que no se habia movido de su puesto mas que para abogar por

la causa de ellos, y que les dió durante su permanencia admirables ejemplos de piedad, de sabiduría y de dulzura.

Apenas Pio VII habia llegado á Roma, cuando recibió una carta de Bonaparte fecha del 24 de mayo, en la que le pedia declarase nulo el matrimonio contraído por Gerónimo con una protestante en los Estados- Unidos. Al mismo tiempo, correspondiendo á los magníficos regalos que el Papa habia hecho en Paris, le remitía una rica tiara. Aunque puesto en una situacion muy delicada por la vanidad lastimada de un hombre cuyos ambiciosos pensamientos abarcaban el porvenir, el Pontífice no se olvidó de su deber. La dulce urbanidad de su respuesta en nada disminuía la franqueza sacerdotal con que explicó á Bonaparte las doctrinas de la Iglesia sobre la indisolubilidad del matrimonio, aun siendo contraído entre un católico y una protestante. «Si nos usurpáramos, decia el Papa al fin de la contestacion, una autoridad de que carecemos, nos haríamos culpables de un abuso el mas abominable de nuestro sagrado ministerio ante el tribunal de Dios y ante toda la Iglesia. Vuestra Magestad misma en su justicia no podria querer que pronunciásemos un juicio contrario al testimonio de nuestra conciencia y á los invariables principios de la Iglesia. Esta es la razon que nos hace vivamente esperar que V. M. se persuadirá de que el deseo que nos anima de secundar sus deseos, en cuanto de Nos dependa, sobre todo vistas las relaciones íntimas que tienen con su augusta persona y su familia, es en el caso presente ineficaz por falta de poderes, y que se servirá aceptar esta declaracion como sincero testimonio de nuestro afecto paternal.» Esta carta fué espedida en 27 de junio.

En un consistorio celebrado el dia antes, Pio VII dió cuenta á los cardenales de su viaje á Francia. «Los pueblos de las Galias, dijo

» Su Santidad, han venerado en nuestra persona al Pastor supremo de la Iglesia católica, y no hay palabras con que espresar cuánto celo y amor han demostrado los franceses hácia la Religion. ¿Y qué diremos del ilustre clero de Francia que ha manifestado tanta ternura por nuestra persona y tanto bien ha merecido de Nos? No hay tampoco palabras que puedan dar á conocer bastante la solicitud, vigilancia, asiduidad y celo con que particularmente los obispos apacientan sus rebaños, honran y hacen honrar la Religion.»

El rechazo de las esplicaciones relativas al matrimonio de Gerónimo, no tardó en dejarse sentir en las operaciones del gabinete de Milan (1). A pesar del concordato de 16 de setiembre de 1803, aquel gobierno se apoderó de los bienes eclesiásticos en Italia para venderlos, y hasta echó mano de los bienes raíces de los obispados: suprimió los conventos ó reunió varios en uno, y pretendió decidir de todo en unas iglesias dependientes particularmente de la Santa Sede. A las quejas dirigidas por el Papa en 31 de julio de 1805, Bonaparte contestó con una especie de apología de su conducta y con la promesa de prestarse á las modificaciones que fuesen posibles, haciendo notar por otra parte (estas palabras encerraban una amenaza), que habia principios arraigados de tal modo en la poblacion de Milan desde José II, que no habia medio de destruirlos. El benévolo Pio VII no hizo caso mas que de la promesa de las modificaciones: consintió en admitirlas sobre los objetos, que segun el concordato debian establecerse de acuerdo con la Santa Sede, y que en las ordenanzas de Milan habian sido resueltos sin su concurso; pero declaró que no aceptaba ninguna discusion sobre objetos en que las ordenanzas estaban en contradiccion direc-

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2. p. 81.

ta con los artículos del concordato. En este sentido escribió á Bonaparte el 6 de setiembre del año 1805.

Entre tanto Roma y el Estado pontificio estaban llenos de espías franceses; y las relaciones del cardenal Fesch, embajador de Francia en Roma, con el secretario de Estado Consalvi, que como ya se ha dicho era el que habia arreglado el concordato y resuelto el viaje á Paris, anunciaban una tempestad, que al fin estalló con un trueno. Bonaparte antes de marchar sobre Viena en octubre de 1805 mandó ocupar á Ancona. El tesoro pontificio, ya bastante agotado, iba pues á tener que satisfacer nuevas exigencias para la manutencion de las tropas extranjeras, en tanto que la neutralidad del Estado eclesiástico, reconocida hasta entonces por todas las potencias beligerantes, y violada por una de ellas, no tardaria en dejar de existir, y los súbditos del Papa iban á verse espuestos á todos los horrores de la guerra. Pio VII hizo por de pronto reclamaciones al cardenal Fesch, y luego se puso en relacion directa con Bonaparte, á quien escribió de su propia mano la carta siguiente, dirigida á las puertas de Viena, donde el conquistador se hallaba entonces:

«Imperial y Real Magestad, decia la carta, diremos francamente á V. M. con toda la ingenuidad de nuestro carácter, que la orden dada al general Saint-Cyr de ocupar á Ancona con las tropas francesas, y abas- tecerle de provisiones, nos ha causado no menos sorpresa que dolor, tanto por la cosa en sí misma, como por el modo de ser ejecutada, no habiéndonos dado V. M. ningun aviso.

» Verdaderamente no podemos disimular que con gran sentimiento nos vemos tratados de un modo, que por ningun título creíamos haber merecido. Nuestra neutralidad, reconocida por V. M. como por todas las demas potencias, y plenamente respeta-



da por ellas, nos daba motivo particular para creer que los sentimientos de amistad que nos profesa, nos habrían preservado de ese amargo disgusto; mas ya vemos que nos engañábamos.

Lo diremos francamente: desde la época de nuestro regreso de París no hemos sufrido mas que amarguras y sinsabores, cuando por el contrario el conocimiento personal que habíamos contraído con V. M., y nuestra invariable conducta nos prometían otra cosa muy diferente. En una palabra, no hallamos en V. M. la correspondencia de sentimientos que teníamos derecho á esperar.

Mucho lo sentimos, y por lo tocante á la invasion presente decimos con sinceridad, que lo que nos debemos á Nos mismo, y las obligaciones que hemos contraído con nuestros súbditos, nos obligan á pedir á V. M. la evacuacion de Ancona, ignorando, en el caso de una negativa, cómo podrá conciliarse la continuacion de relaciones con el embajador de V. M. en Roma, pues se hallarán en oposicion con el tratamiento que seguiríamos recibiendo de V. M. en Ancona.

Persuádase V. M. que esta carta es un deber penoso para nuestro corazon; pero que no podemos disimular la verdad, ni tampoco faltar á las obligaciones que hemos contraído.

Queremos, pues, esperar, que en medio de todos los disgustos que nos rodean, V. M. se dignará librarnos del peso de aquellos, cuyo alivio depende de vuestra sola voluntad.

Damos fin á nuestra carta concediéndole con todo nuestro corazon la paternal bendicion apostólica. Dada en Roma en Santa María la Mayor á 13 de noviembre de 1805, año sexto de nuestro pontificado.

Después de la batalla de Austerlitz y la paz de Presburgo, cuando Venecia fué dada al reino de Italia, es cuando Bonaparte contestó desde Munich al Soberano Pontífice

como si entonces acabase de recibir su carta:

«Santísimo Padre: recibo una carta de Vuestra Santidad de fecha 13 de noviembre, y no he podido menos de afectarme al ver que cuando todas las potencias asalaradas por la Inglaterra se coaligaban para hacerme una guerra injusta, Vuestra Santidad haya dado oídos á los malos consejos, llegando á escribirme una carta tan poco atenta: Su Santidad es muy absolutamente dueño de conservar ó despedir de Roma á mi embajador. La ocupacion de Ancona es una consecuencia inmediata y necesaria de la mala organizacion del estado militar de la Santa Sede, y Vuestra Santidad tenia interés en que aquella fortaleza estuviese mas bien en mis manos que en las de los ingleses ó turcos. Quéjase Su Santidad de que desde su regreso de París no haya tenido mas que motivos de disgusto; la causa de esto es que desde entonces todos los que temian mi poder y me manifestaban amistad, han cambiado de opinion, creyéndose autorizados para ello por la fuerza de la coalicion; y tambien consiste en que desde el regreso de Vuestra Santidad á Roma no he experimentado mas que negativas por su parte, aun en aquellos mismos asuntos de primer interés para la Religion, como por ejemplo, cuando se trataba de impedir que el protestantismo levantase la cabeza en Francia. Me he considerado como el protector de la Santa Sede y á título de tal he mandado ocupar á Ancona. Me he considerado, como mis predecesores de la segunda y tercera raza, como hijo primogénito de la Iglesia y como el único que tenia la espada para protegerla y librarla de ser mancillada por los griegos y musulmanes. Seguiré protegiendo constantemente á la Santa Sede, á pesar de los falsos pasos, ingratitude y malas disposiciones de los hombres que se han quitado la máscara durante estos tres meses. Ya me creian per-

dido; pero Dios ha hecho brillar, con los triunfos con que ha favorecido á mis armas, la proteccion que dispensa á mi causa. Seré el amigo de Vuestra Santidad siempre que no consulte mas que á su buen corazon y á los verdaderos amigos de la Religion. Vuelvo á repetir que si Vuestra Santidad quiere despedir á mi embajador, es muy dueño de hacerlo con preferencia á los ingleses y al califa de Constantinopla; mas como no quiero esponer al cardenal Fesch á estos percances, yo lo mandaré reemplazar por un seglar: de todos modos el odio del cardenal Consalvi es tal, que él (el cardenal Fesch) no ha hecho mas que sufrir constantemente negativas, en tanto que las preferencias eran solo para mis enemigos. Dios sabe cuál es de todos los príncipes reinantes el que mas ha hecho por la Religion. Entretanto etc., Munich 7 de enero de 1806.»

No se contentó Bonaparte con dirigir al Soberano Pontífice esta carta, cuyo estilo es tan extraño como las pretensiones que en ella se espresan. Si se ha de creer á Cohen (1), encargó al cardenal Fesch que le significara que él era para la Santa Sede un nuevo Carlomagno, y terminaba diciendo que si el Papa queria arreglar su conducta segun estos principios, y se resolvía á hacer lo que él quisiera, nada cambiaria en cuanto á las apariencias; pero que de lo contrario separaria lo espiritual de lo temporal, enviaria un senador para que gobernara en su nombre, y el Padre Santo quedaria reducido á no ser mas que obispo de Roma. Después de haber respondido de viva voz, en una audiencia que dió al cardenal Fesch, del modo que convenia á semejante notificacion, el Pontífice escribió otra carta á Napoleon.

No es nuestro ánimo molestar al lector con una numerosa correspondencia diplomática de

(1) Comp. hist. acerca de Pío VII, p. 141-142.

mas de tres años; pero creemos necesario presentar los documentos principales, porque contribuyen por una parte á dar á conocer el verdadero estado de la cuestion, y por otra son mas bien confidentiales que ministeriales:

«Imperial y Real magestad, dijo Pío VII: la carta de V. M., fechada en Munich en 7 de enero, nos ha llenado de vivo dolor. Por ella vemos que V. M. se halla entregado á prevenciones que nos creemos obligados á disipar. Así lo debemos hacer por Nos mismo, por la verdad y por el afecto que ahora y antes os hemos profesado; nunca hemos tenido intencion de despedir á vuestro plenipotenciario. Cuando digimos que no sabíamos cómo poder conservar las relaciones con él si no conseguimos la evacuacion de Ancona, no queríamos decir sino que era necesario dar á entender á los rusos, á fin de que en ninguna circunstancia tratasen á nuestro pais como enemigo, que aquella ocupacion no se habia verificado con nuestro asentimiento. No consiguiendo la evacuacion, damos una prueba de nuestro disgusto por aquella negativa suspendiendo las relaciones públicas con vuestro ministro; mas no por eso íbamos á interrumpir nuestras relaciones confidentiales, pues nunca nos ha ocurrido la idea de despedirle. De esta particular buena inteligencia que habíamos depositado en vuestro mismo ministro pueda servir de garantía el candor de nuestro carácter, incapaz, como ya lo sabeis, de toda disimulacion. Este mismo carácter es el que en esta ocasion nos obliga á decir á V. M. que se engaña, creyendo que hemos sido impulsados á entrar en esta cuestion por los malos consejos de otros.»

Un profundo disgusto ha afectado nuestro corazon y así os lo manifestamos sin ningun rebozo. Si V. M. se remonta á la época del 13 de noviembre, momento en el que escribimos aquella carta, verá que era precisa-